

## EL PUERTO ROMANO DE GADES: NUEVOS DESCUBRIMIENTOS Y NOTICIAS SOBRE SUS ANTECEDENTES

Lázaro Gabriel Lagóstena Barrios-José Antonio Ruiz Gil

Il Mediterraneo e la Storia III. Documentando città portuali - documenting port cities. Atti del convegno internazionale (Capri 9-11 maggio 2019), Laura Chioffi, Mika Kajava y Sumo Örmä (coord) Acta Instituti Romani Finlandiae, 2021, Roma, vol. 48, pp. 249-264  
ISSN: 0538-2270

La reciente publicación de un artículo de los profesores L. Lagóstena y J. A. Ruiz Gil de la Universidad de Cádiz en una obra internacional dedicada a las ciudades portuarias en la Antigüedad, vuelve a plantear la discutida ubicación del *Portus Gaditanus* en la Bahía de Cádiz, localizado en “tierra firme frontera” por Estrabón (Str. 3,5,3) entre otros escritores. Sin embargo, sus autores presentan de manera “provisional” la hipótesis de la ubicación no del puerto romano de *Gades* sino de su posible precedente en base a los resultados de unos trabajos de prospecciones geofísicas realizados, entre 2016 y

2017, por la Unidad de Geodetección y Georreferenciación del Patrimonio de la UCA en la finca de La Martela. Este nuevo yacimiento arqueológico ha sido localizado en la llanura aluvial del Guadalete junto a un brazo de la madre vieja del río, a los pies del yacimiento del Castillo de Doña Blanca, extendiéndose frente al sector que sus investigadores denominan el “espigón” donde ubican el área portuaria de la antigua ciudad fenicia (Ruiz Mata y Pérez 1995).

Desde una perspectiva diacrónica, y como afirman los autores, “no se puede abordar con éxito la ubicación del *Portus Gaditanus* focalizando el análisis en una fase concreta” sino desde una visión amplia en el espacio de la Bahía de Cádiz y desde la diversidad de enclaves que tuvo Cádiz desde el primitivo núcleo urbano fenicio arcaico hasta la antigüedad tardía. Como se viene proponiendo, el puerto de Gades no debe buscarse únicamente como un lugar físico sino como un concepto plural asociado a la idea de un conjunto de infraestructuras múltiples repartidas por toda la Bahía de Cádiz en las que participarían varias sedes repartidas desde Rota hasta el templo de Melqart en Chiclana, espacio donde se sacralizaba y fiscalizaba la comercialización de productos, sobre todo en lo referente a la exportación de salsas y salazones de pescado que tanta fama dio a *Gades* en la Antigüedad.

Cierto es que, más que descartar, habría que matizar la tradicional idea de que la sede del puerto de *Gadir/Gades* se perpetuó en la capital gaditana siendo periódicamente renovado, pues la ciudad de Cádiz siempre mantuvo una o varias

áreas portuarias ya que, por su propias características físicas de insularidad, era una zona, aunque pequeña, de gran proyección marítima que se complementó con otras sedes a lo largo de su dilatada vida comercial, sobre todo en los momentos más álgidos de su economía mercantil destinada a la exportación. Y esto explica la fundación de otras áreas portuarias complementarias a las que se vincularon importantes sedes urbanas que existieron en los principales ríos que desembocan en la bahía, como el asentamiento del Castillo de Doña Blanca en la desembocadura del río Guadalete y otro en la desembocadura del Iro para canalizar, desde época orientalizante, los excedentes agrícolas que demandaba la población colonial fenicia, así como el pago de la *annona* a Roma en época romana alto-imperial. Cierto es que no tenemos documentación escrita de época fenicia arcaica ni de la pujante economía turdetana de los siglos V al III a.C. pero las fuentes epigráficas acerca del *Portus Gaditanus* hacen referencia a una *mansio* denominada *Ad Portum*, en la vía Augusta, tradicionalmente ubicada en torno a El Portal (Genaro Chic 1983) que servía para gestionar fiscalmente la producción agrícola de la campiña gaditana (sobre todo de aceite y vino). Por otro lado, los defensores de que el *Portus Gaditanus* se ubicaba en la población actual de El Puerto de Santa María (López Amador y Pérez 2013) interpretan que la *Vía Augusta* no se dirigía hacia el vado de La Cartuja de Jerez sino que debía pasar por la barra arenosa de las playas actuales de Levante y Valdelagrana, atravesando el río Guadalete hacia la población de El Puerto de Santa María por un antiguo puente romano ubicado cerca de la desembocadura actual del río.

Desde al menos el siglo VIII a.C. el modelo habitacional de la bahía de Cádiz se propone como polinuclear (Ruiz Mata 1999) debido al crecimiento poblacional colonial, una hipótesis que va tomando forma en los últimos años desde el descubrimiento de nuevos enclaves fenicios en diferentes entornos de la bahía gaditana, desde la sede insular de la *Gadir* arcaica hasta la fundación casi inmediata del Castillo de Doña Blanca en el estuario del río Guadalete y del Cerro del Castillo de Chiclana, durante la segunda mitad del siglo VII a.C., en la desembocadura del río Iro. Estas tres sedes urbanas debieron contar con zonas portuarias para su conexión interna, con puertos principales y otros secundarios, además de la existencia de una compleja red de fondeaderos y embarcadores dada la existencia de numerosos canales mareales y zonas intermareales de esteros en proceso de colmatación que explica el porqué se produjeron numerosos traslados de sus zonas portuarias desde la época fenicia temprana hasta el bajo imperio romano.

Una vez presentada esta introducción, los autores se centran en la importancia que debió ejercer el estuario del río Guadalete, sobre todo como espacio de salida comercial de la productividad de la campiña gaditana. Los

límites de la costa antigua del estuario del río Guadalete están bien definidos ya que se enmarca en sus tres lados terrestres por un antiguo acantilado o resalte de Edad Flandriense de unos 20 a 40 m sobre el nivel de la marisma, que ha sufrido un proceso de suavización por erosión. La cota 10 en los planos 1:50.000 del Servicio Cartográfico del Ejército señala con cierta aproximación la antigua línea de costa a comienzos del primer milenio a.C. Esta primera aproximación de la cota 10 está delineada conforme a los resultados de G. Hoffmann, de la Universidad de Bremen, obtenidos en 1988 en las desembocaduras de los ríos desde la costa andaluza mediterránea hasta Portugal. La cota 10 enmarca la línea de costa en el 6000 a.C., aunque en bastantes sitios queda enmascarada por aportes de terrazas o aluviones y, en el caso del río Guadalete, penetra hasta 3-4 km aguas arriba del Vado de La Cartuja. El proceso de relleno de esta gran marisma en la desembocadura del Guadalete, en cuyo fondo oriental se encontraba según algunos autores el *Portus Gaditanus* (Rimbaud 1996: 32; Montero Vítóres 2002 y 2013) se conoce en función del estudio que los geólogos han hecho con respecto a las tasas de sedimentación de los aportes fluviales del Guadalete en las zonas de marismas y que ha supuesto una potencia de relleno de unos 6 a 12 m de fangos en los últimos 2000 años. El río seguía siendo navegable entre los siglos XVI y XVII, e incluso lo fue en determinados momentos del siglo XIX. A mediados del siglo XX el Guadalete permitía todavía el trasiego de pequeñas embarcaciones hasta Jerez de la Frontera cuyo muelle de El Portal ha sido tradicionalmente su principal punto de salida y entrada de mercancías, de ahí que se interprete que el topónimo El Portal sea herencia del término latino "*Portulanus*".

El progresivo aterramiento de época cuaternaria que se produce en el sector septentrional del río concuerda con los datos topográficos (cotas de 3 y 4 m en la marisma desecada) y transición de sedimentos de tipo playa a llanura aluvial reflejada en la cartografía del Mapa Geológico Nacional de 1987, con los estudios que el geólogo holandés J. M. Mabesoone. La influencia de las mareas provocó un relleno que se produjo en los últimos dos mil años, ya que en época fenicia los barcos llegaban al pie del yacimiento del Castillo de Doña Blanca, ya con graves problemas a partir de fines del siglo III a.C., cuando posiblemente la población se trasladó al actual Puerto de Santa María, donde los restos arqueológicos más antiguos son ya de época romana republicana (siglo II a.C.). En época tartésica los trabajos del geólogo Juan Gavala y Laborde en su obra "Geología de la Costa y Bahía de Cádiz" dibujan la costa en torno al I<sup>er</sup> milenio basado en parte en la interpretación de los textos de Avieno (1959). De este trabajo se extrae que el río Guadalete desembocaba cerca del yacimiento protohistórico del Castillo de Doña Blanca, al pie de la Sierra de San Cristóbal, hasta donde alcanzaban las aguas del mar y lo hacían ser un puerto estratégico protegido al fondo de la marisma. En la actualidad, desde aquí y hasta la línea de costa se expande una amplia marisma

por la que discurre el río Guadalete, que ha cambiado de curso varias veces, y se fue colmatando de barro y aluviones al menos desde el siglo IV/III a.C. hasta casi la actualidad, al punto que los planos topográficos del siglo XVIII aún dibujan numerosos brazos marinos y salinas. Al Sur y algo al Este de la bifurcación del río, se abriría la bahía, y en su borde se situaba lo que Rambaud interpreta como el *Portus Gaditanus*, localizado al fondo de la Bahía de Cádiz como lugar resguardado de los vientos y con fácil salida de los productos agropecuarios de las campiñas que rodean el curso bajo del río Guadalete (Rambaud 1996: 31).

Y es en este punto de la geografía gaditana donde se centra fundamentalmente este trabajo dirigido por los Dres. Lagóstena y Ruiz Gil, basado fundamentalmente en la “aplicación de novedosas metodologías de investigación arqueológica no invasivas”, que emplean técnicas de teledetección mediante prospecciones geofísicas realizadas con un georradar multicanal *Stream X*. Esta metodología de trabajo de campo sirve para documentar la existencia o no de yacimientos en un espacio concreto, pero no puede ofrecer más información cronológica si la imagen que proyecta no está contrastada con otros datos objetivos que permitan la corroboración empírica de las estructuras soterradas, en tanto en cuanto estamos tratando un asentamiento continuamente relleno por aportes sedimentarios del cauce fluvial e invisible en superficie. De hecho, en palabras de los propios autores, en la actualidad no se han podido recuperar apenas materiales arqueológicos en superficie que pudieran ofrecer dataciones cronológicas concretas, ni cerámicos ni constructivos, quedando la mayor parte de las estructuras sumergidas por la propia dinámica de colmatación del estuario del río.

El yacimiento objeto de este trabajo fue reconocido mediante el análisis de una fotografía aérea (López Amador: 2008, 6), aunque anteriormente ya en el año 1988 se habían realizado en el entono seis sondeos geológicos incorporados al proyecto de investigación del Castillo de Doña Blanca (Hoffman 1994; Borja y Díaz del Olmo 1994) que dieron como resultados materiales tanto protohistóricos, como medievales y de época contemporánea.

Los datos que se publican en este nuevo trabajo son por tanto “preliminares” y representan una hipótesis de interpretación muy sugerente en la que se ha planteado la existencia de un asentamiento aparentemente urbano de época helenística que ocupa unas tres hectáreas, rodeado por un recinto amurallado independiente del Castillo de Doña Blanca en el que se sugiere la existencia de varias torres cuadradas, dos en la zona NE interpretadas como la puerta norte de la ciudad y otras dos próximas en el extremo Oeste, una calle principal y otras secundarias transversales que diseñan un entramado urbano hipodámico donde destacan algunos edificios de planta rectangular interpretados como “almacenes”

además de espacios de dársenas para embarcaciones y un puerto con estructura de “*cothom*” que lo asemeja al de la Cartago púnica.

En base a estos interesantes resultados, parece ser que el yacimiento de La Martela, dispone de un entramado urbano ortogonal que parece ser monofásico, sin que hasta ahora existan elementos suficientes para poder datarlo con precisión mediante criterios científicos, es decir con materiales o dataciones radiocarbónicas, que sólo con unas excavaciones arqueológicas directamente sobre el terreno se verían confirmados. Su patrón de asentamiento no está en consonancia con otros asentamientos contemporáneos de época púnico-turdetana de la comarca que buscan asentarse en espacios de cierta altura para la búsqueda de defensas naturales como el propio *tell* de Doña Blanca, el Cerro de la Naranja de Los Garciagos de Jerez o el propio poblado de Las Cumbres en la cima de la Sierra de San Cristóbal, todos enfocados a la transformación de productos derivados de la campiña gaditana. La interpretación de que se trata de un asentamiento de época helenística en base a la existencia de un recinto fortificado y portuario se fundamenta en hipótesis que están aún por confirmar. Su abandono coincidiría con el del cercano asentamiento fenicio del Castillo de Doña Blanca que tradicionalmente se ha considerado arrasado durante los conflictos bélicos de la IIª Guerra Púnica. Por tanto, si se trata de un puerto púnico complementario al Castillo de Doña Blanca, tendría una duración muy corta. Su desarrollo monofásico tampoco permitiría identificarlo con el *Portus Gaditanus* creado a raíz de la colonización itálica en la comarca como estrategia de Roma para el control de la desembocadura del río Guadalete en torno al año 46 a.C., un nuevo puerto de fundación *ex novo* en otro emplazamiento, ya que el estuario del río comenzaba a estar notablemente colmatado para permitir el tránsito de navíos de gran calado.

Por todo lo planteado hasta ahora creo que, *a priori*, no habría que descartar la posibilidad de que La Martela pudiera tratarse de un puerto romano, lo cual podría aclarar la confusión entre los topónimos que ilustran el traslado del puerto fenicio (Castillo de Doña Blanca), considerado tradicionalmente el *Portus Menesthei* (Filóstrato, Estrabón, Pomponio Mela y Ptolomeo) al romano *Portus Gaditanus* en la parte baja del *tell* protohistórico, buscando la proximidad al cauce fluvial progresivamente relleno por la dinámica de sedimentación del estuario, como ya sugirieron algunos autores que defendían su ubicación en las proximidades de la Mesa de Bolaños (Rambaud 1996, Montero Vítores 2002 y 2013).

Por otro lado, tampoco hay que olvidar que en este entorno del Pago de Sidueña también se ha propuesto la existencia de otros importantes asentamientos como la capital itinerante de la cora medieval de Sidonia (Borrego Soto 2013) o el propio Castillo de Doña Blanca/Torre de Sidueña citado en las fuentes antiguas

como la ermita de Santa María de Sidueña, un donjón medieval cristiano construido en el siglo XIV o XV en un lugar estratégico para la vigilancia de la bahía de Cádiz, momento en el que la población de El Puerto de Santa María se convirtió en el principal puerto de la Bahía de Cádiz. En esta zona debieron existir puertos fluviales medievales ya que en ese momento todavía el río era navegable para barcos de mediano tamaño que entraban hasta Jerez, en cuyo barrio de San Telmo existía un gremio medieval de pescadores. También entre los siglos XVII y XVIII tuvo lugar la construcción del acueducto de La Piedad para abastecer de agua potable a las galeras reales y a los principales establecimientos relacionados con el comercio de Indias. El acueducto fue una gran obra de ingeniería para la época y partía de los manantiales de Sidueña o de La Piedad (denominados la “Fuente Vieja”), donde se concentraban las tierras agrícolas más productivas de la zona junto al camino viejo de Jerez.

Por todo ello, es posible que el yacimiento localizado en la finca de La Martela, en un lugar no catalogado arqueológicamente hasta ahora por documentarse en el lecho del antiguo estuario del río Guadalete que se creía un espacio de invasión mareal durante la protohistoria, pueda pertenecer a cualquier fase histórica dado el estratégico lugar que ocupa. Esperemos que futuras excavaciones o al menos la realización de algún sondeo estratigráfico puedan ofrecer más información acerca de este yacimiento, inédito hasta hace poco en este interesante espacio geoestratégico del municipio portuense.

**Ester López Rosendo**  
Arqueóloga. CEPYP  
Universidad Complutense de Madrid

### **EL COMERCIO DE PRODUCTOS AGRARIOS EN LA BAHÍA DE CÁDIZ A FINES DEL SIGLO XVII**

Juan-José Iglesias Rodríguez

Iglesias Rodríguez, J.-J.; García Bernal, J.J. y Melero Muñoz, M<sup>a</sup>-I. (Coordinadores): *Ciudades atlánticas del sur de España. La construcción de un mundo nuevo (siglos XVI-XVIII)*

Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla, 2021, pp. 113-141.

ISBN: 978-84-472-3084-6

El comercio de productos agrarios en la Bahía de Cádiz a finales del siglo XVII era un asunto totalmente desconocido hasta la reciente publicación de este meritorio artículo, incluido en un nuevo libro resultante de las investigaciones llevadas a cabo en los dos proyectos I+D+i dirigidos por el profesor Iglesias Rodríguez sobre circuitos económicos, dinámicas sociales y mediadores culturales en las ciudades atlánticas del sur de España así como sobre las circulaciones entre el Atlántico y el Mediterráneo.